

Historia de San Michele

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Story of San Michele*
En cubierta: ilustración © Marta Amigo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Pablo González-Nuevo
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19419-16-3
Depósito legal: M-19.248-2022
Impreso en Gráficas Dehon
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Axel Munthe

HISTORIA DE SAN MICHELE

Traducción del inglés
de Pablo González-Nuevo

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

<i>Prólogo a la primera edición inglesa</i>	17
<i>Prefacio especial a la edición norteamericana</i>	21
<i>A falta de un prefacio (introducción a la primera edición ilustrada)</i>	27

HISTORIA DE SAN MICHELE

1. Juventud	35
Gioia — La escalera fenicia — María Porta-Lettere — La bella Margherita — El vino de Dionisio — En el jardín del maestro Vincenzo — El hombre de la capa roja — El trato	
2. Barrio latino	51
Hôtel de l'Avenir — Un adversario implacable — El somnífero eterno — Pabellón Santa Clara — ¡Trabajo, trabajo, trabajo!	
3. Avenida Villiers	60
Colitis — La condesa — Saint Germain — Loulou — La familia Salvatore	
4. Un médico de éxito	72
El señor abad — Suerte — Asilo Santa Ana — Zoológico Pezon — Jack	

5. Enfermos	81
Perros — Hidrofobia — Pasteur — Los mujiks — El pintor noruego — Un error diagnóstico — Vivisección — El médico de monos	
6. Château Rameaux	100
Difteria — De camino a casa — Vacaciones — La historia del oso — La alondra — El vizconde Maurice — En el salón de fumadores — El médico rural — Galletas Spratt — Romeo y Julieta — <i>Le vieux marcheur</i> — Regreso a París — El fantasma — La Estrella Polar	
7. Laponia	129
El viejo Turi — La gente pequeña — Perros de Laponia — El curandero — Ristin — La caja de raíces de abedul — El viejo oso — Dos majestuosos viajeros — Niebla — El tío Lars y madre Kerstin — Esos a los que llaman ladrones — En el establo — La vela de sebo y el duende — Recuerdos de infancia — Seiscientos años — La caja de oro — Visitantes nocturnos — «Los tiempos»	
8. Nápoles	157
Miedo — Carroñeras urbanas — La farmacia de San Genaro — El doctor Villari — Taberna Alegría — Convento de las Sepultadas Vivas — La santa patrona de los ojos — La hermana Úrsula — La abadesa — El filtro de amor de la muerte	
9. Regreso a París	174
Mi amigo Norstrom — Sobre las mujeres — Algo más acerca de las mujeres — <i>Mademoiselle Flopette</i>	
10. <i>Der Leichenbegleiter</i>	184
En Heidelberg — Descanso vacacional en Suecia — El general ruso — Un viaje placentero — Entre colegas — Una visita a mi hermano — Mi primer embalsamamiento — La última vez que asistí a un funeral	
11. Madame Réquin	199
El broche de diamantes	

12. El gigante	203
Una boda — <i>Au violon</i> — Dos coleccionistas de relojes	
13. Mamsell Ágata	209
El tirano en casa — El capellán sueco — El coronel Staaff — El héroe de Gravelotte	
14. El vizconde Maurice	217
Otra vez Loulou — Hablando con el señor abad — Luz de luna en Montecarlo — Bois de Saint Cloud — Siempre la suerte — El viejo sombrero	
15. John	228
De nuevo Madame Réquin — El niño de ojos azules — Joséphine — El despido de Mamsell Ágata — El talismán — Consulta en Londres — Una hermosa dama — La enfermera de John — La propietaria del broche de diamantes	
16. Un viaje a Suecia	244
Expreso nocturno a Colonia — Hamlet en Lund	
17. Médicos	250
Cómo emitir facturas — Cambios sociales — Honorarios — Algunos médicos famosos — Cura de reposo en Suiza — El experimento de Spallanzani — De regreso a París	
18. La Salpêtrière	266
Guy de Maupassant — Entre bastidores en la ópera — Saint Lazare y la Maison Blanche — Charcot y sus conferencias de los martes — Geneviève — Sugestión poshipnótica — Fracaso	
19. Hipnotismo	280
Sugestión hipnótica — Los peligros del hipnotismo	
20. Insomnio	288
Masaje — En pedazos — El doble	

21. El milagro de san Antonio	297
El arquitecto de San Michele — El capataz — El telegrama — Viernes Santo — El ministro sueco	
22. Plaza de España	309
En la casa de Keats — Algunos colegas — Billy y su amo	
23. Más médicos	318
La señora Jonathan — El dilema del señor Cornacchia — El cochecito — Otro doctor elegante — La muerte y lo que hay después — El geriátrico cerca de Porta Pia — Un peligroso rival	
24. Grand Hôtel	330
El nuevo suero — El cheque de mil libras — El cementerio protestante — El millonario de Pittsburgh — La señora de Charles Washington Perkins, Jr.	
25. Las Hermanitas de los Pobres	339
El señor Alphonse — <i>La mère générale</i> — La gárgola de Notre Dame	
26. La señorita Hall	349
Giovannina y Rosina — En Villa Borghese — El diario de la señorita Hall — Sobre las condecoraciones — Mesina — Mi amable anfitrión — La mafia — La magna Grecia — Deméter — Otra vez la señora de Charles Washington Perkins, Jr. — <i>Fräulein</i> Frida y la tía Sally — La lechuza de Minerva — El mejor paisaje de Roma	
27. Verano	374
De nuevo en casa — Inspeccionando San Michele — El banquete — El sueño — La gran aventura — En mi ausencia — Billy — El velatorio de don Giacinto — El enemigo secular — Un pintor futurista — <i>Il demonio</i>	
28. El santuario de aves	392
Los protestantes — El hallazgo del diablo — Las redes — Las alas de los ángeles	

29. El Bambino	398
La guardería de San Michele — Aquella noche en el Gólgota	
30. La fiesta de san Antonio	401
<i>Evviva il santo! Evviva la musica!</i> — La procesión — Recepción en San Michele — <i>Serenata d'addio</i>	
31. La regata	408
La Cueva Azul — Tiberio — Damecuta — Un pariente de lord Dufferin — El Lady Victoria — Primero de Mayo — El viejo Pacciale	
32. El principio del fin	422
Schubert — Primavera	
En la vieja torre	427
El último bastión — La luz dorada — <i>Il canto del Sole</i> — Lobo — El somnífero eterno — Tánatos — ¡Avanza! ¡Asciende! — El viejo arcángel — La guerra — <i>Il poverello</i> — La Virgen de Botticelli — La ropa de los domingos de Arcangelo Fusco — El templo de Osiris — Habacuc — Las campanas de Asís	

*Ce n'est rien donner aux hommes
que de ne pas se donner soi-même.¹*

¹ No entregarse por entero a la humanidad es lo mismo que no dar nada.

*A S. M. la reina de Suecia,
protectora de los
animales maltratados y amiga de todos
los perros²*

² El día antes de su muerte, recibió la reina mi promesa de que esta dedicatoria subsistiría sin variación en todas las ediciones del libro. (*N. del A.*)

Prólogo a la primera edición inglesa

Había abandonado Francia para llegar a Londres lo antes posible con intención de obtener la nacionalidad británica, pues todo parecía indicar que mi país se vería arrastrado a la guerra en el bando de Alemania. Henry James iba a ser uno de mis padrinos, habiéndose nacionalizado recientemente él mismo. «Civis Britannicus sum³», me había dicho con su voz profunda. Él sabía que también yo lo había intentado y había fracasado, pues había llegado a encontrarme demasiado desamparado para ayudar a los demás. Era, pues, consciente del destino que me aguardaba. Colocó su mano en mi hombro y me preguntó qué iba a hacer con mi vida. Le dije que estaba a punto de abandonar Francia para siempre y esconderme como un desertor en mi vieja torre. No había ningún otro lugar para mí. Al despedirse, deseándome buena suerte, me recordó cómo años atrás, durante su estancia en San Michele, me había alentado a escribir un libro sobre mi hogar en la isla, que en su opinión era el lugar más hermoso del mundo. ¿Por qué no escribir ahora la historia de San Michele, si las cosas empeoraban y sentía que mi valor flaqueaba? ¿Quién iba a escribir sobre el lugar mejor que yo, que lo había construido con mis propias manos? ¿Quién podría describir mejor todos aquellos fragmentos de mármol dispersos por el jardín donde una vez

³ Soy ciudadano británico. (*Las notas son del traductor a menos que se indique otra cosa.*)

estuvo la villa de Tiberio? Y el sombrío y viejo emperador, cuyos cansados pies pisaron el mismo mosaico del suelo que yo había sacado a la luz después de tantos y tantos años oculto bajo las vides, ¡qué fascinante estudio de carácter constituiría para un hombre como yo, tan interesado en la psicología! No hay nada como escribir un libro para un hombre que necesita huir de su propia miseria, nada como escribir un libro para un hombre que no es capaz de conciliar el sueño.

Esas fueron sus últimas palabras. Nunca volví a verle.

Regresé a mi inútil soledad en la vieja torre, humillado y abatido. Mientras el resto del mundo estaba ofreciendo su vida por la patria, yo pasaba los días vagando arriba y abajo por mi torre como un animal enjaulado. Y entretanto seguían llegando constantes noticias sobre el dolor y el sufrimiento. Cada cierto tiempo, cuando el anochecer ponía fin a la implacable luz del día que torturaba mis ojos, solía acercarme a San Michele en busca de información. La bandera de la cruz roja británica ondeaba sobre la villa, indicando el lugar donde hombres valientes e inválidos se curaban bajo el mismo sol que me había empujado lejos de mi hogar. ¡Ay, tristes noticias! ¡Qué larga es la espera para aquellos que no hacen otra cosa que esperar!

Pero ¿cuántos de nosotros nos atrevemos a confesar lo que tantos han sentido, que la carga de su propio pesar parece más fácil de soportar mientras los hombres y mujeres que nos rodean también sufren, que la llaga en su costado casi parecía curada mientras la sangre seguía manando de tantas otras heridas? ¿Quién iba a atreverse a refunfuñar por su suerte mientras el destino del mundo estaba en juego? ¿Quién osaría gemir a cuenta de su dolor mientras todos esos hombres mutilados yacían en silencio en sus camillas con los dientes apretados?

Al fin la tormenta remitió. El silencio se impuso en la vieja torre y yo me quedé de nuevo a solas con el miedo.

El hombre fue creado para cargar su propia cruz, para eso tiene hombros fuertes. Un hombre puede soportar muchas cosas, siempre y cuando sea capaz de soportarse a sí mismo. Puede vivir sin esperanza, sin amigos, sin libros, incluso sin música, mientras pueda escuchar sus propios pensamientos, el trino

de un solo pájaro junto a su ventana y el murmullo distante del mar. En San Dunstan⁴ me dijeron que incluso puede vivir sin luz, pero los que hablaban eran héroes. Sin embargo, un hombre no puede vivir sin dormir. Cuando dejé de dormir comencé a escribir este libro, después de que tantos otros remedios más livianos resultaran inútiles. En lo que a mí respecta supuso un rotundo éxito. ¡Cuántas veces no habré alabado a Henry James por su consejo! De un tiempo a esta parte duermo mucho mejor. Incluso he disfrutado escribiendo y ya no me sorprende que tanta gente empiece a escribir en esta época en que vivimos. Por desgracia he estado escribiendo *Historia de San Michele* al tiempo que soportaba peculiares dificultades. Desde el principio me interrumpió un inesperado visitante que se sentó frente a mí en el escritorio y comenzó a hablar de sí mismo y de sus asuntos de la manera más errática, como si todos esos disparates pudieran interesar a alguien más que a él. Había algo muy molesto y poco inglés en su insistencia a la hora de contar sus aventuras de tal modo que él siempre acababa siendo el héroe. Hay demasiado ego en tu universo, muchacho, pensaba yo. Él parecía estar convencido de saberlo todo, ya se tratara de arte antiguo, arquitectura o psicología, ya hablara de la muerte o del porvenir. La medicina era su afición favorita. Afirmaba ser especialista en el sistema nervioso y alardeaba de haber sido pupilo de Charcot, igual que hacen todos. ¡Pobres de sus pacientes! ¡Que Dios los ayude!, me dije a mí mismo. Cuando mencionó al maestro de La Salpêtrière tuve la fugaz sensación de haberle visto antes, hace mucho mucho tiempo. Pero enseguida descarté tan absurda idea, pues él parecía joven e impetuoso y yo me sentía muy viejo y cansado. Su inagotable arrogancia, su mera juventud empezaron a sacarme de quicio. Y para empeorar aún más las cosas se me ocurrió que aquel caballere se estaba burlando sutilmente de mí desde el principio, como la gente joven suele hacer con sus mayores. ¡Incluso intentó convencerme de que había sido él y no yo quien construyó San Michele! Dijo que amaba aquel lugar y pensaba vivir allí para siempre. Al final le dije que me dejara

⁴ Residencia para oficiales y soldados ciegos en Regent's Park.

en paz y me permitiera retomar mi historia de San Michele, con la descripción de mis preciosos fragmentos de mármol de la villa de Tiberio.

—Pobre viejo —respondió el joven con su sonrisa condescendiente—, ¡no sabes lo que dices! ¡Y mucho me temo que ni siquiera eres capaz de entender lo que escribes! Durante todo este tiempo no has estado escribiendo acerca de los preciosos fragmentos de la villa de Tiberio, sino sobre los pedazos de arcilla de tu propia vida rota en pedazos que has sacado a la luz.

Torre di Materita,

1928

Prefacio especial a la edición norteamericana

Los críticos de este libro parecen haber encontrado importantes dificultades a la hora de clasificar la *Historia de San Michele*, y no me extraña. Algunos lo han etiquetado como autobiografía, otros lo han descrito como «las memorias de un doctor». Personalmente, no creo que sea ni lo uno ni lo otro. Estoy seguro de que no habría necesitado quinientas páginas para contar la historia de mi vida, ni siquiera obviando sus episodios más tristes y reseñables. Solo puedo decir que nunca tuve intención de escribir sobre mí. Al contrario, mi principal preocupación en todo momento era desprenderme de esa imprecisa personalidad. Si a pesar de todo esta obra ha resultado ser una autobiografía, algo que empiezo a creer a juzgar por sus ventas, el modo más sencillo de escribir un libro acerca de uno mismo es intentar pensar en otra persona a toda costa. Lo único que un escritor ha de hacer es sentarse a solas muy quieto en una silla y contemplar su vida con los ojos cerrados. O mejor aún, tumbarse sobre la hierba y no pensar en nada, tan solo escuchar. Pronto el aullido del mundo va desapareciendo y bosques y campos empiezan a cantar con sus claras voces de aves, y los afables animales se acercan a contarle a uno sus alegrías y sus penas con sonidos y palabras inteligibles. Y cuando todo esté en silencio incluso las cosas inertes susurrarán en sueños.

Catalogar este libro como «las memorias de un doctor», cosa que han hecho algunos críticos, me parece incluso menos apropiado. Su escandalosa simplicidad, su bochornosa fran-

queza, su misma lucidez encajan difícilmente con tan pomposo subtítulo. Sin duda un hombre de medicina, como cualquier otro ser humano, tiene derecho a reírse de sí mismo de vez en cuando para animarse, e incluso de sus colegas si está dispuesto a asumir el riesgo. Sin embargo, nada justifica que se ría de sus pacientes. Llorar con ellos es aún peor, pues no hay cosa peor que ver gimotear a un médico. Además, cualquier galeno entrado en años debería pensarlo dos veces antes de sentarse en su butaca a escribir unas memorias. Es mejor que reserve para sí mismo todo lo que ha visto sobre la vida y la muerte. Mejor que no escriba nada en absoluto y deje a los muertos en paz y a los vivos que sigan gozando de sus ilusiones.

Alguien ha dicho que la *Historia de San Michele* era una historia de la muerte. Quizá lo sea, pues raras veces no pienso en la parca. «Non nasce in me pensier che non vi sia dentro scolpita la morte», escribió Miguel Ángel a Vasari. He luchado mucho tiempo contra mi lúgubre compañera y la he visto asesinar uno por uno a todos los que he intentado salvar. En algunos de ellos he pensado al escribir este libro. Algunos a los que vi vivir, sufrir y exhalar su último aliento. Eso fue todo lo que pude hacer por ellos. Todos eran gente humilde. No hay cruces de mármol sobre sus tumbas y muchos ya habían sido olvidados largo tiempo antes de morir. Ahora están bien. La anciana María Porta-Lettere, que durante treinta años subió descalza los setecientos setenta y siete escalones fenicios con mis cartas, ahora reparte el correo en el cielo, donde mi querido y viejo Pacciale estará sentado fumando pacíficamente su pipa y contemplando el mar infinito igual que solía hacer desde la pérgola de San Michele. También mi amigo Arcangelo Fusco, el barrendero del barrio de Montparnasse, estará barriendo polvo de estrellas de aquellos suelos dorados. Por el majestuoso peristilo de columnas de color lapislázuli se pavonea enérgicamente el menudo señor Alphonse, decano de las Hermanitas de la Caridad, con su flamante levita de millonario de Pittsburgh, y saluda de forma solemne con su querido sombrero de copa a todo santo que se encuentra, igual que solía hacer con mis amigos cuando paseaba en mi coche por vía del Corso. John, el chiquillo de ojos azules que nunca sonreía,

está jugando ahora entusiasmado con otras decenas de niños felices que tienen cuanto necesitan en la vieja guardería del Bambino. Por fin ha aprendido a sonreír. La habitación está llena de flores, pájaros cantores entran y salen revoloteando por las ventanas abiertas, de cuando en cuando la Virgen se asoma para asegurarse de que a los niños no les falta de nada. La madre de John, que tan tiernamente lo atendía en la avenida Villiers, aún sigue aquí abajo. La vi no hace mucho. La pobre Flopette, la prostituta, parece ahora diez años más joven que cuando la encontré aquella noche en el café del bulevar; muy pulcra y aseada con su vestido blanco, es ahora la segunda doncella de María Magdalena.

En un humilde rincón de los Campos Elíseos está el cementerio de perros. Muchos de mis viejos amigos están allí, sus cuerpos yacen donde los enterré; otros reposan bajo los cipreses junto a la vieja Torre, pero sus fieles corazones han sido trasladados allá arriba. El dulce san Rocco, santo patrón de los perros, es el guardián del cementerio, y la anciana y bondadosa señora Hall lo visita con frecuencia. Incluso ese granuja de Billy, el babuino borracho que prendió fuego al ataúd del canónigo don Giacinto, ha sido admitido y ocupa un hoyo en la última hilera de tumbas del cementerio de monos no muy lejos de allí, bajo el atento escrutinio de san Pedro, que enseguida percibió el olor a güisqui y al principio lo confundió con un ser humano. El mismo don Giacinto, el cura más rico de Capri que nunca había dado ni un céntimo a los pobres, sigue asándose en su ataúd; y el viejo carnicero de Anacapri, que cegaba a las codornices con agujas al rojo, ha perdido los suyos a manos del mismo diablo en un arrebató de envidia profesional.

Un crítico parece haber descubierto que «hay material suficiente en *Historia de San Michele* para proporcionar tramas de por vida a escritores de historias fantásticas». Los invito a utilizarlo si lo desean, pues a mí ya no me sirve de nada. Después de haber dedicado todos los esfuerzos literarios de una vida a extender recetas, no creo que vaya a probar suerte a estas alturas con el relato fantástico. ¡De haberlo pensado antes, no estaría ahora donde estoy! No me cabe duda de que ha de ser un trabajo mucho más agradable sentarse en un confortable sillón

a escribir relatos de esa naturaleza que arrastrarse por la vida recopilando materiales para poder hacerlo, describir la muerte y la enfermedad antes que enfrentarse a ellas, o idear siniestras tramas en lugar de verse sorprendido por ellas. Me pregunto por qué estos profesionales no buscan su propio material. Pocos lo hacen. Los escritores de novelas que insisten en llevar a sus lectores a los arrabales de cualquier ciudad raras veces los frecuentan en persona. No es fácil convencer a estos auténticos especialistas en muerte y enfermedad para que te acompañen al hospital donde acaban de liquidar a su heroína. Poetas y filósofos, que con sonoros versos y prosas saludan a la muerte como la gran libertadora, a menudo palidecen ante la mera mención de tan buena amiga. Es una historia tan vieja como la humanidad. Leopardi, el poeta más grande de la Italia moderna, que anhelaba la muerte en exquisitas rimas desde que era un muchacho, fue el primero en huir aterrado cuando Nápoles fue golpeada por la epidemia de cólera. Incluso el gran Montaigne, cuyas sobrias meditaciones sobre la muerte lo hicieron inmortal, salió pitando como un conejo asustado en cuanto la peste llegó a Burdeos. El viejo y huraño Schopenhauer, el filósofo más importante de la modernidad, que había convertido la negación de la vida en base de todas sus enseñanzas, solía poner fin tajantemente a cualquier conversación sobre la muerte. Las más sangrientas novelas bélicas fueron escritas, si no me equivoco, por pacíficos ciudadanos bien lejos de la trayectoria de los cañones de largo alcance alemanes. Autores que se deleitan arrastrando a sus lectores a toda clase de orgías sexuales, en la vida real suelen ser actores indiferentes en esa clase de escenas. Personalmente solo conozco una excepción a esa norma, Guy de Maupassant, y le vi morir por ello.

Soy consciente de que algunos capítulos de este libro se desarrollan en la difusa frontera entre lo real y lo inverosímil, esa peligrosa tierra de nadie entre el hecho y la fantasía que muchos escritores de memorias suelen temer y donde el mismísimo Goethe llegó a perder los papeles en su *Dichtung und Wahrheit*⁵. Yo he hecho todo lo posible, utilizando algunos trucos

⁵ *Poesía y verdad.*

técnicos bien conocidos, para hacer pasar al menos algunos de estos episodios por «relatos fantásticos». Después de todo es una simple cuestión de forma. Será un gran alivio para mí saber que lo he conseguido, pues si a algo aspiro es a que no me crean. Ya es bastante duro y triste de todas formas. Y solo Dios sabe de cuántas cosas tendré que responder. En cualquier caso, debería tomármelo como un elogio, pues el mejor escritor de historias fantásticas que conozco es la vida. Pero ¿la vida es siempre veraz?

La vida es como siempre ha sido, imperturbable ante cualquier suceso, indiferente a las penas y alegrías de los hombres, muda e impenetrable como la esfinge. No obstante, el escenario donde se representa la sempiterna tragedia de la existencia cambia constantemente para evitar la monotonía. El mundo en el que vivíamos ayer no es el mismo de hoy, avanza de forma inexorable a través del infinito hacia su perdición, igual que nosotros. Ningún hombre se baña dos veces en el mismo río, dijo Heráclito. Algunos nos arrastramos de rodillas, algunos cabalgan a lomos de un caballo o van en automóvil, otros vuelan en aeroplano sobre las palomas mensajeras. Pero no hay prisa, pues sin duda todos llegaremos tarde o temprano al final del viaje.

No, el mundo en el que viví cuando era joven no es el mismo que hoy habito, al menos no lo parece. Y tampoco creo que lo sea para todos los que lean este libro de recuerdos buscando aventuras en el pasado. Ya no quedan forajidos con ocho asesinatos a sus espaldas que te inviten a dormir en su colchón en la ruinosa Mesina devastada por el terremoto. Ya no hay esfinges de granito agazapadas entre las ruinas de la villa de Nerón en Calabria. Las ratas enloquecidas de los arrabales de Nápoles asolados por el cólera, que tanto me horrorizaban, hace tiempo que se batieron en retirada a la seguridad del antiguo sistema de alcantarillado romano. Es posible ir a Anacapri en automóvil y a la cima del Jungfrau en un tren, o ascender el Matterhorn con escalas de cuerda. Allá en el norte, en Laponia, no es probable que ninguna manada de lobos hambrientos, de ojos llameantes como ascuas en la oscuridad, persiga tu trineo a través de un lago helado. El galante y viejo

oso que me bloqueó el camino en un desfiladero de la bahía de Suvla hace tiempo que habrá partido hacia territorios de caza más propicios. El espumeante torrente que crucé a nado con Ristin, la muchacha lapona, lo atraviesa actualmente un puente ferroviario. El último refugio en la montaña del terrible Stalo, el trol, ha sido atravesado por un túnel. La gente menuda a la que oí parlotear bajo el suelo de mi tienda lapona ya no lleva comida a los osos dormidos mientras pasan el invierno en sus grutas, por eso hay tan pocos osos actualmente en Suecia. Podéis reír incrédulamente cuanto queráis de esa afanosa gente menuda, eso sí, bajo vuestra cuenta y riesgo. No obstante, me niego a creer que cualquier lector de este libro tenga la desfachatez de negar que era un auténtico duende el que vi sentado sobre la mesa en Forsstugan tirando con suma cautela de la cadena de mi reloj. Por supuesto que era un auténtico duende. ¿Qué otra cosa podría haber sido? Le vi claramente con mis dos ojos al incorporarme en la cama, cuando la tenue llama del cabo de la vela estaba a punto de apagarse. Aún me sorprende haber oído que hay gente que nunca ha visto a un duende. Uno solo puede sentir lástima de esas personas, y no me cabe duda de que tienen algún problema ocular. Hace mucho tiempo que el viejo tío Lars Anders, de un metro noventa y ocho centímetros, con sus zuecos y su zamarra de piel de oveja, murió en Forsstugan. Y también la anciana madre Kerstin, su esposa. Pero el pequeño duende al que vi sentado con las piernas cruzadas sobre la mesa del altillo del establo sin duda está vivo. Solo nosotros morimos.

St. James's Club
AXEL MUNTHE,
junio de 1930